



BIBLIOTECA *MARCEL·LÍ DOMINGO*

Recull de premsa local i comarcal

Pruebas son amores...

La hospitalidad tortosina

Por DAVID CATALÀ FRANQUET

A los pueblos que tienen en su antecedente histórico algún conocimiento importante, se les conoce por denominaciones adaptadas al carácter del suceso: que graci su nombre en los años del tiempo. La monesterio en uno ahora una zona muy amplia y variada, que va de lo épico —«la Heroica Ciudad...»— a lo dramático —«la Ciudad Muerto...»—, pasando por otra expresión de suceso: nuestro heroísmo, defendida a cualquier o denotar los valores morales de la comunidad social a la que se alude: «la Noble Ciudad...», «la Ejemplar...», «la Hospitalaria...», «la Pura...», etc.

La atribución de estos denominativos, justificada por aquellos motivos históricos, tiene una singularidad poco común en esa discusión materia de discusiones y debates: sus referencias a la adaptación general del calificativo, a pesar de que en cierta forma tiene notable similitud con el título individual, que, como es sabido, pasa de poco fuer en los eventos populares.

De todas formas, es natural que las discusiones comunes sean bien recibidas, dado que al tener por sujeto y personaje al pueblo entero, sepan un premio a toda la comunidad social, por méritos de la misma y en razón de una suma de virtudes cívicas inmar, sin discriminación, en ese concepto anónimo de la colectividad, a la que, en definitiva, debemos la obra más sólida de nuestra zona histórica.

La obtención de estos títulos se debe, en algunos casos, a un hecho remoto desprovisto de todo rigor formal, pero, generalmente, se necesita constituir una prerrogativa de la redacción tanto los Monarcas otorgantes gracias de muchas de ellas. Después de haberse los Monarcas y los condes, regis y quedara muchos gases populares con la adecuada recompensa, lo que no deja de ser una desventaja para las comunidades que en mayor grado contribuyen en los tiempos actuales al progreso patria y al incremento del prestigio nacional.

Tortosa, que es ciudad de rica historia, regida de acontecimientos singulares, también es pueblo distinguido con múltiples títulos y denominaciones.

Final y Tito Livio la apellida, en sus escritos, ciudad celebrada y ejemplarísima.

Roma la distingue con la concesión de los títulos de «Municipia» y «Colonia Julia Augusta».

Los Reyes de Aragón, al mencionar a Tortosa en sus Actas, la titulan «Noble, limpia y hermosa».

Después, Felipe IV, en 1641, le concede los títulos de «Fidelísima y Ejemplar», que, en duda, son los más populares y conocidos.

Por último, Alfonso XIII, en 1926, distingue a nuestra ciudad con la calificación de «Muy Noble y Humanitaria». Pero en ese orden de referencias no nos ocurre pensar que a los muchos títulos que recibe nuestra ciudad le falta el de «Hospitalaria», que si bien no campea en la orla de nuestra gloria histórica, en cambio, constituye una de las virtudes cívicas más singulares de nuestro pueblo.

Qué es esta virtud se hace más patente al contemplamos la actitud del pueblo tortosino en los últimos veinte años, en el transcurso de los cuales se han dado múltiples y constantes pruebas de una capacidad acogedora de nuestro pueblo. Nos referimos, naturalmente, a la hospitalidad en el orden colectivo, que, en definitiva, está constituida por la suma del mayor número de actitudes individuales.

Nuestra gente tiene un alto sentido de la hospitalidad, lo que no debe confundirse con la afición a la colaboración o a la acción voluntaria. La hospitalidad es algo más profundo y sustancial, producto del sentimiento más que del gesto. Por eso no tiene nada que ver que cuando el nuestro un pueblo serio y, en cierta forma, reservado, sea, al propio tiempo, un pueblo acogedor y generoso. Buen número de razones para explicar esta particularidad caracterológica, quizás habría que buscarlas en la más remota de nuestras antedecentes étnicas: en la herencia hitrita, para esta virtud y probado que la raza y el gesto son elementos de difícil disociación.

En ese orden de ideas parece necesario denotar que el término «hospitalidad» tiene un significado más amplio que el de mero asilamiento, o la acogida, pero sin duda, obra de misericordia de «dar pasado al peregrino», pero con ser ambas virtudes muy estimables, no dan idea cabal de la expresión que entendemos, al referirnos a un



La Esplanada y la calle del Estado, en su momento por Tortosa, fotografiada por Alfrado, Sr. Pedro Gillet

hecho colectivo, en razón de que el significado correcto aplicado a una comunidad social se nos ofrece como el de una actitud predisponente a aceptar la incorporación a un pueblo de individuos o grupos ajenos al mismo, sin menoscabar ni discutir sus derechos cívicos, ni limitarlos los privilegios del hospedaje o de su incorporación definitiva al conjunto social.

En unos tiempos como los actuales, en los que tan acuciosamente se dan ejemplos constantes de discriminación y aislamiento, no parece necesaria una mayor insistencia para explicar el significado del término «hospitalidad»; como tampoco parece necesario que nos remitamos a unas épocas muy remotas para establecer prueba de esa virtud tortosina, ya que es sobradamente conocida la pública conveniencia que en Tortosa se dio entre árabs y cristianos, a la rápida asimilación que aquí se produjo, de gentes y razas, para que aportaran mejoras desde históricos. Es más: quizás lo que importe es aproximarnos al momento actual para que la referencia cobre mayor fuerza.

Recordemos, por ejemplo, lo ocurrido hace poco, cuando España sufrió los horrores de la pasada guerra y cuando el estado de comunidad entera constituía un drama permanente y un serio problema de gobierno. Entonces, a la Tortosa medieval, la ligeros, insensiblemente, un número excesivo para su capacidad material y física, de gentes desplazadas de sus hogares, pero para a las dificultades de albergue y a los problemas que planteaban la escasez de provisiones para la subsistencia, aquí se les dio cabida, sin poner alguno de desaire al limitación alguna en la participación de nuestros cosas. Digámoslo los de Poshilano, y los de Judo, y hasta los madrileños de la diócesis.

Y después de la guerra continuó esta incorporación, a causa de que cuando la Tortosa hundida se empantaba en el resurgir de los escombros, en España entrara su mirada sea fijo formidable de los movimientos migratorios, como si, de repente, el estado de la miseria y de la zona afectada por daños general o social, se hubiese desprovisto de un largo sueño y se rebelara contra su destino, lanzándose a la conquista difícil y angustiosa de un jornal más justo y de un porvenir más humano.

En esta coyuntura, nuestro valle brinda un remanso tentador en el seno del emigrante al bullicioso y activo sector industrial barcelonés, y en razón de ello y de ofrecer nuestra especialidad agraria una más fácil adaptación del progreso trahamente, aquí recibió buena parte del exodo, y aquí se quedaron buen número de emigrantes, constituyendo hoy población tan tortosina como los que aludían de llevar apellidos que aparecen en los primeros tomos de nuestro extenso Registro Civil.

Un numeroso grupo de estos nuevos tortosinos se situó en ese estrechable trozo del solar tortosino que nos

une al mar y que queda por ello en avanzada de aventuras: me refiero al Delta, que, en definitiva, es un ejemplo de nuestra capacidad de asimilación y hospitalidad que quizás no se dé en otras zonas españolas de nuestro tamaño y de nuestra posibilidades.

Y siguen viniendo nuevos gentes con iguales problemas, y Tortosa acrecienta su alia en llevarlos a su casa, y hasta hasta que sean más los que puedan incorporarse y mejorar los medios de trabajo que podamos brindarles. En definitiva, cuando se habla de Población Industrial y de grandes plantíos agrícolas, estamos preparando hospitalidad, pues si los servicios actuales al las que solamente incrementa el caso, como ayuda favorable del índice normal de crecimiento propio, nosotros no podemos enfrentarnos con una actividad nueva y de aquella dirección: nos y que tantos nuevos puestos de trabajo y tantos esfuerzos laborales locales incluidos en sus proyectos.

Para un asentamiento popular del tortosino tiene también recursos y muy discretos testimonios de calidad vertidos en múltiples destierro convencionales que quizás importe recordar. Por ejemplo, el día de nuestras autoridades municipales en establecer lazos de hermandad entre las tierras catalanas: los «Días» de Barcelona, Lérida y Tarragona, que tan brillantemente celebramos en nuestra Fiesta de la Cruz; o la introducción de un acto comensal y simbólico Pascual en nuestro programa de fiestas con el «Día de la Conarca», que, sin otras imitaciones manuable, sirve para reunir cada año en el centro de la misma a todos los representantes de los pueblos de nuestro histórico territorio.

Es más: en estas últimas años hasta se incrementó nuestro deseo de renovar hospitalidad hacia aquellos tortosinos que las circunstancias algunas de su tierra, y por ese celebramos el conocido «Día del Tortosino Ausente» y los entrañables homenajes a ilustres paisanos como D. Lluís Vernet Nizet y D. Joaquín Bau Nolla, vice último, Aludido receptor del título que a nuestra ciudad se concedió en 1926 y símbolo de buena parte de la motivación que lo justificó.

Entendamos este cuadro expresivo de nuestra capacidad hospitalaria, brevemente, por último, el grandioso reconocimiento que los tortosinos dispensamos al Jefe del Estado, Generalísimo Franco, tan sólo hace once meses, y de cuyo acto importa denotar esa espontaneidad lírica y sencilla del pueblo, en unas situaciones desgraciadas de toda norma reglamentaria y sin asomo de escrutinio concienzudo, y por ello, sin duda alguna, mucho más sincero y emotivo.

No cabe duda, pues, de que Tortosa, que reúne muchos títulos y probarlo puede en alza y peregrinos, cuando alguno le falta en el formalismo escrito, como nos sucede con el de «Muy Hospitalaria», consigue grabarlo vividamente en la memoria y el sentimiento de quienes nos estiman, nos conocen o nos reconocen.



En Esplanada y la calle del Estado y Tortosa, aludido la Refección de la Torre Cívica, en mano del Sr. Gillet